

ron su adolescencia y juventud, le hacen adoptar una consciente decisión: incorporarse a la España que por entonces va a comenzar a denominarse «Nacional» y que se enfrenta a la España «Roja» o republicana. De una parte, lo que del «glorioso Movimiento» puede surgir, motiva una nueva esperanza en Laín. De otra, la realidad de una serie ininterrumpida de fracasos, mejor dicho, de imposibles opciones de la izquierda en la vida nacional, le impele a la adscripción en la derecha.

Pero la decisión comporta el origen del drama que desde este instante, y también de modo consciente, va a vivir Pedro Laín: el intento de incorporar a la España nacional, a la derecha beligerante, el acervo cultural de la izquierda que, a partir de ahora, milita casi unánimemente en la España republicana, y que luego iniciará la diáspora, poblando generosamente con su sangre y con su pensamiento las tierras de Europa y, sobre todo, de Hispanoamérica. En pocas palabras: la quijotesca empresa de la convivencia pacífica de todos los españoles.

Tras la aventura del paso a Bayona, y de aquí a Pamplona, Laín se enrola en Falange Española de las JONS, conoce bien la doctrina de José Antonio Primo de Rivera y, desde las páginas del diario *Arriba España* que se publica en Pamplona, más esporádicamente desde las de *Jerarquía* y *FE* —el interesado deberá adivinar su nombre tras el pseudónimo de Marcial Vicuña—, comienza su etapa política, prosigue su tarea intelectual y conoce por vez primera el hondo dolor de lo que toda guerra civil comporta: en Sevilla es asesinado su suegro; cuando al concluir el año 1936 logre que la mujer y la hija se trasladen desde Valencia a Pamplona, la alegría del encuentro se verá turbada por esta trágica noticia, que marcará para siempre la vida de Milagro y hará imposible su participación afectiva en la España que, de modo necesario, será asiento donde se desarrolle la actuación oficial de su marido.

El año 1938 marca el traslado de la familia a Burgos, con el decisivo encuentro, en un acto político celebrado en Segovia, con Dionisio Ridruejo, su colaboración con él como Jefe de la Sección de Ediciones del Servicio Nacional de Propaganda y su elección como Miembro del Consejo Nacional del Movimiento. Otros dos hechos van a tener lugar este año, que la jerga oficial califica de «segundo año triunfal» y constituye un momento crucial para la evolución de la guerra: el nacimiento de un grupo de amigos y compañeros que de por vida se mantendrá unido —Antonio Tovar, Luis Rosales, Gonzalo Torrente Ballester, Luis Felipe Vivanco, Rodrigo Uría, José R. Escassi, Pepe Caballero, tantos otros— y el cambio de vocación intelectual. La imposibilidad que la vida real le ofrece de aceptar un puesto como médico psiquiatra, se le traduce en una nueva necesidad. La situación histórica que vive pone en trance dramático la conciencia de su instalación en la historia universal y española: ¿no será la historia el camino idóneo para tratar antropológicamente la medicina y para expresar en un campo concreto, con posibilidades universitarias, académicas, su versión hacia la historia y su necesidad de insertar conscientemente su vida en la historia? El psiquiatra se convierte así en historiador en ciernes. Dentro de las paupérrimas posibilidades que la guerra civil y el Burgos de esa guerra le ofrecen, decide tomar clases de griego y de latín, que diariamente recibe del canónigo don Damián Peña. Mantiene correspondencia con Paul Diepgen, profesor de Historia de la Medicina en Berlín. Definitivamente piensa que la disciplina escogida constituye un terreno intelectual prácticamente virgen, por su posición inter-

media entre la medicina teórica, la filosofía y la historia del saber médico. Pero la fundamentación del proyecto debe quedar para tiempos ulteriores; de momento es preciso mantener la azorante cotidianeidad de la guerra civil, escribir, hablar, convivir con los amigos, sostener el hogar, en el que ha nacido Pedro, el segundo hijo. Este mismo año 1938 visita por vez primera la Alemania hitleriana, formando parte de la misión asistente al Congreso Anual del Partido Nacional-socialista, viaje oficial que repetirá recién acabada nuestra guerra, cuando acuda, en el Berlín prebélico, al Congreso organizado por la *Kraft durch Freude*.

El día 1 de abril de 1939 se firma el parte oficial que da por concluida la guerra civil española. ¡Qué distinto podría haber sido nuestro destino, el propio destino de Pedro Laín Entralgo, si aquel final hubiese sido no sólo el del conflicto bélico sino también el de la imposible vida pacífica entre todos los españoles! No fue así y ello habrá de marcar la vida de Laín en los años tristes de la postguerra.

Trasladada la familia a Madrid, en 1940 va a iniciar un doble programa nacido durante la guerra: el que en Pamplona le había incitado a la convivencia entre todos los españoles, y que va a tener como órgano de expresión intelectual la revista *Escorial*, fundada con Dionisio Ridruejo, Luis Rosales y Antonio Marichalar ese mismo año; y el que en Burgos le había decidido a seguir el camino universitario a través de la historia de la medicina.

En el primer terreno, en el de la convivencia, preciso es reconocer que todavía en esta época es intentado por Laín desde los presupuestos de su ideología falangista, siquiera matizada ya por la áspera realidad de las intrigas vividas durante la guerra. En 1941 publica la Editora Nacional un librito suyo, *Los valores morales del Nacional-sindicalismo*, libro que habrá de constituir luego piedra de escándalo para los fatiseos encaramados en el carro de la victoria, o para los bien intencionados que no entienden la existencia sino bajo el marchamo del «hombre de una sola pieza». Junto a él, múltiples colaboraciones periodísticas en las páginas de *Arriba*, *ABC*, *Pueblo*, *El Español* o *Alcalá*, dan testimonio de su pensamiento político, que en *Escorial* tiende un puente a los intelectuales disidentes, tratando de incorporarlos al patrimonio común de la cultura.

En el otro campo, el universitario, se inicia también precozmente su decidida consagración. Tras un fugaz desempeño de la dirección de la Residencia de Estudiantes — ¡qué lejos ya, aunque todavía próximos en el tiempo, los años dorados de la juanramoniana «colina de los chopos!» —, es encargado de la docencia de la asignatura interdisciplinar de Psicología Experimental y se le nombra auxiliar interino de la Cátedra de Historia de la Medicina, creada en la Facultad de Medicina el año 1843, en el famoso «Mataplán» de Pedro Mata, y no «graciosamente inventada» para Laín, como llegó a decirse en un libelo publicado en 1965 que, aunque sin paternidad reconocida, bien es de conocimiento público el nombre de sus autores o instigadores, antaño fieles defensores del franquismo, hogaño liberales «de toda la vida».

Como paso previo para el acceso a la Cátedra, en 1941 defiende Laín su Tesis Doctoral, «El problema de las relaciones entre la medicina y la historia», aparecido el mismo año como libro bajo el título de *Medicina e Historia*. En 1942 gana por oposición la referida Cátedra de Historia de la Medicina en la Universidad que todavía entonces se denomina Central y comienza seriamente a cultivar su disciplina, de tal modo que pronto

la incorpora a los hábitos intelectuales y científicos de la historiografía universal, convirtiéndose de inmediato en una de las figuras señeras de la investigación y de la reflexión histórico-médica.

Son los años de la postguerra, del racionamiento de alimentos y tabaco, de la sistemática y silenciosa represión, cuyo conocimiento sólo aflora en círculos reducidos de oposición y resistencia, en los que el nombre de Milagro Laín —con él y no con su apellido paterno se la conoce— pone una nota de intrepidez y valentía, abnegadamente silenciada para no empañar la actuación pública del marido socialmente triunfante — Real Academia Nacional de Medicina, creación en el CSIC, bajo su dirección, de un Departamento de Historia de la Medicina y de las Ciencias Naturales, desprovisto de todo despacho o servicios especiales, suplidos por el propio domicilio de Laín, en la calle de Lista, número 11, donde tantos años vivió, y testigo de tantos acontecimientos políticos y privados—.

Tal es, sucintamente narrada, la historia del hombre que yo conocí en 1948, cuyo pormenor, naturalmente, ignoraba entonces, atendido tan sólo a lo que la fama decía de su presente inmediato.

A partir de ese *hic et nunc* de 1948, habremos de adentrarnos en el conocimiento de que después *serían* su vida y su persona, con la ventaja ahora de poder narrar como testigo, no únicamente como historiador, la peripecia de estos casi cuatro últimos decenios. Un testigo, por supuesto, que intenta alejarse tanto del panegírico como de la parcialidad, tratando de situar en el difícil terreno de la neutralidad el relato de los hechos en este período acaecidos. Para lo cual pienso que será conveniente distinguir por separado los tres mundos en la vida de Laín se ha desarrollado —el universitario, el intelectual y el social— y su doble faceta de español y hombre de fe. Vengamos a la tarea.

1. **Laín Entralgo, universitario.** Desde el año 1948 al año 1978, durante tres decenios, ha desempeñado Laín ininterrumpidamente su cátedra de Historia de la Medicina. Los cursos desde ella desarrollados, primeramente en el período de Doctorado, luego, con el plan de estudios de 1953 incorporada la asignatura al *curriculum* de la Licenciatura, tuvieron como escenario el viejo local de San Carlos, en la calle de Atocha, hasta que la Facultad se trasladó paulatinamente a la Ciudad Universitaria, y desde entonces en un Aula del Hospital Clínico, sin disponer de un departamento o servicio propio, atendiendo a los alumnos o visitantes en un pasillo del Centro o, en el mejor de los casos, en la destartalada habitación que en la calle del Duque de Medinaceli, número 4, le ofreció el CSIC como sede del Departamento, más tarde, desde 1951, Instituto de Historia de la Medicina y de las Ciencias Naturales, bajo la advocación de Arnaldo de Villanova —será veinte años después, cuando el Instituto, fiel a la historia y a las lenguas de España, cambie su denominación por la de Instituto «Arnau de Vilanova» de Historia de la Medicina y Antropología Médica—. Tendrá que llegar el año 1974 —dieciocho después de haber cesado como Rector de la Universidad y Presidente de su Junta de Obras— para conseguir el amplio local que en el Pabellón 5.º de la Facultad de Medicina, en la Ciudad Universitaria, alberga desde entonces al Departamento e Instituto, hasta que azares administrativos hayan luego propiciado su separación física.